

**Ernest Hemingway**  
(1899-1961)

## LOS ASESINOS

La puerta del restaurante de Henry se abrió y entraron dos hombres que se sentaron al mostrador.

—¿Qué van a pedir? —les preguntó George.

Uno de ellos dijo que no sabía y acto seguido le preguntó qué tenía ganas de comer a Al, su compañero. Al le respondió que qué sabía él.

Afuera estaba oscureciendo. Las luces de la calle entraban por la ventana. Los dos hombres leían el menú. Desde el otro extremo del mostrador, Nick Adams, quien había estado conversando con George cuando ellos entraron, los observaba.

El primer hombre le pidió costillitas de cerdo con salsa de manzanas y puré de papas. George contestó que todavía no estaba listo.

—¿Entonces por qué carajo lo ponés en la carta?

George le explicó que esa era la cena, que podía pedirse a partir de las seis y mirando el reloj en la pared de atrás del mostrador, dijo que recién eran las cinco. El segundo hombre protestó que el reloj marcaba las cinco y veinte. George replicó que éste adelantaba veinte minutos.

—Bah, a la mierda con el reloj —interrumpió el primero—. ¿Qué tenés para comer?

—Puedo ofrecerles cualquier variedad de sándwiches —dijo George—, jamón con huevos, tocino con huevos, hígado y tocino, o un bife.

—A mí dame suprema de pollo con arvejas y salsa blanca y puré de papas.

—Esa es la cena.

—¿Será posible que todo lo que pidamos sea la cena?

—Puedo ofrecerles jamón con huevos, tocino con huevos, hígado...

—Jamón con huevos —dijo el que se llamaba Al. Vestía un sombrero hongo y un sobretodo negro abrochado. Su cara era blanca y pequeña, sus labios angostos. Llevaba una bufanda de seda y guantes.

—Dame tocino con huevos —dijo el otro. Era más o menos de la misma talla que Al.

Aunque de cara no se parecían, vestían como gemelos. Ambos llevaban sobretodos demasiado ajustados para ellos. Estaban sentados, inclinados hacia adelante, con los codos sobre el mostrador. Al preguntó si había algo para tomar. George comenzó a enumerar: gaseosa de jengibre, cerveza sin alcohol, y otras bebidas gaseosas. Con fastidio, Al repitió la pregunta:

—Dije si tenés algo para *tomar*.

—Sólo lo que nombré.

El otro hombre señaló que era un pueblo caluroso y quiso saber su nombre, a lo que George contestó que se llamaba Summit. Al preguntó a su amigo si alguna vez lo había oído nombrar. La respuesta fue negativa.

Entonces, con fingida curiosidad Al se interesó por lo que hacían sus pobladores de noche, a lo que el otro hombre con sorna dijo que cenaban, que venían al restaurant y cenaban de lo lindo.

—Así es —dijo George.

—¿Así que creés que así es? —Al le preguntó a George.

—Seguro.

—Así que sos un chico vivo, ¿no?

—Seguro —respondió George.

—Pues no lo sos —dijo el otro hombrecito—. ¿No es cierto, Al?

—Se quedó mudo —dijo Al.

Acto seguido, giró hacia Nick y le preguntó cómo se llamaba. Adams le dijo Nick.

—Otro chico vivo —dijo Al—. ¿No, Max, que es vivo?

—El pueblo está lleno de chicos vivos —respondió Max.

George puso las dos bandejas, una de jamón con huevos y la otra de tocino con huevos, sobre el mostrador. También trajo dos platos de papas fritas y cerró la portezuela de la cocina. Le preguntó a Al cuál era el suyo. Al le replicó con furia que si no se acordaba. George, con duda, le dijo que era el de jamón con huevos. Tomando el plato de jamón con huevos, Max le dijo una vez más que era todo un chico vivo.

Ambos comían con los guantes puestos. George los observaba. De pronto, Max levantando la voz le dijo a George que qué miras y no digas que nada porque me estabas mirando a mí y tú Al no digas que tal vez lo hacía en broma, porque no lo ha hecho en broma. Y mientras Max regañaba a su amigo, a George se le escapó una risita ahogada. Max volvió a la carga gritándole no te rías, que no tienes nada de qué reírte ¿entiendes?

—Está bien —dijo George.

—Así que pensás que está bien —Max miró a Al—. Piensa que está bien. Esa sí que está buena.